

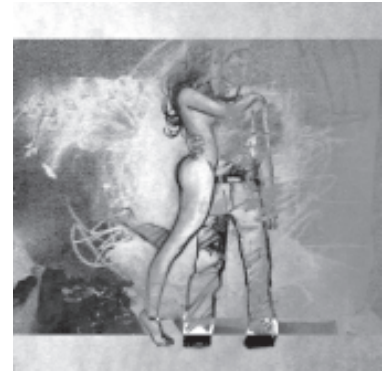
# De cómo una estudiante del Liceo Benalcázar se convirtió en puta. (Una revisión de *¡Que viva la música!*)

Por Camilo Aguilera Toro  
(leratoro@yahoo.com.br)  
Profesor Contratista  
Escuela de Comunicación Social, Facultad de  
Artes Integradas, Universidad del Valle.  
Cali, Colombia

## RESUMEN:

El artículo reconstruye de forma sintética el trayecto social efectuado por María del Carmen Huertas, personaje principal de la novela de Andrés Caicedo *¡Que viva la música!* Es posible entender este trayecto como una experiencia de desclasamiento social radical y el ejercicio de análisis aquí propuesto busca identificar e interpretar los significados atribuibles al mismo en sus diferentes etapas.

**PALABRAS CLAVE:** Andrés Caicedo, *¡Que viva la música!*, desclasamiento social, música.



# M

aría del Carmen Huertas es una jovencita ‘prometedora’. Egresada del Liceo Benalcázar (talvez hasta hoy el colegio de mayor abolengo entre ciertas elites locales), ella es una joven aplicada. Prueba de ello son sus buenas notas en el colegio y su segundo lugar en el proceso de admisión de la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Valle. Aunque no se reconoce como una persona ilustrada -*culta*, dice ella- ha leído algunos libros y, con dos amigos, forma un grupo de lectura de *El Capital* [Marx]. Después de tres reuniones ella deserta del grupo, lo que representa su «entrada al mundo de la música, de las escuchas y del bailoteo». Su salida del grupo es también la renuncia a un cierto tipo de vida y a los espacios y personas que lo constituyen: familia, amigas, lugares, etc. No es este el momento en que ella se desclasa, lo que vendrá después, sino el rompimiento con un estilo de vida y el paso a uno nuevo, el que podríamos llamar tentativamente ‘cultura del rock’, aún emergente en los años 70 (¿especialmente en las urbes del trópico?). En Cali (¿y no es el mismo caso de toda América Latina?) la asimilación de esta ‘cultura’ es efectuada por las clases altas, por los jóvenes (¿‘disidentes’?) de las clases altas. Esto confirma, entre otros datos, que la primera ruptura de María del Carmen con ‘su mundo’ no es una ruptura de clase y sí de estilo de vida. De cualquier modo, esto no implica la ausencia durante la primera parte de la novela, en ella, de reflexiones sobre su condición burguesa. Prueba de ello es la dicotomía que establece entre ‘programa de piscina’ (el que solía hacer con sus amigas) y ‘programa de río’ (el que sólo vino a hacer por primera vez cuando Ricardito el Miserable, su amigo y congénere de clase, le invitó). Sorprendida con ella misma ante la novedad del río, María del Carmen le pregunta a Ricardito: «¿Cómo no lo había conocido antes?». A lo que él responde: «Porque eres una burguesita de lo más chinche». Antes de caracterizar cómo María del Carmen rompe con su anterior estilo de vida, quisiera aclarar un punto que juzgo capital en la novela y que vincula la referida dicotomía con su desertión del grupo de estudio.

*«...bastó una sola reunión de estudio para reírmeles en la cara (de las amigas) cuando me llamaron dizque a inventarme programa de piscina: no sabían que yo, al salir de la reunión, agotada de tanto comprendimiento [irónica], me había ido con Ricardito el Miserable al Río» [p. 11].*

Este pasaje del libro, cotejado a otros venideros, demuestra que la lectura de *El Capital*, aunque apenas iniciada, representaría una ruptura de clase que, ya no en la teoría, se consumará en la medida que avanza el relato. Explico: con *El Capital* María del Carmen parece adoptar, aunque aún de modo incipiente, una postura crítica frente a su clase. No obstante, ella también rompe con el grupo de estudios, con «los marxistas». Se trata, por tanto, de una doble ruptura que confunde pues podría llevar a pensar que habiendo ganado

elementos para construir una crítica de la burguesía, lo que a mediano plazo derivaría en su desclasamiento, ella se habría arrepentido. Y no: su desertión del grupo de estudios -como muestra la novela más adelante- no significa su re-aburguesamiento y sí su desencanto frente al desclasamiento teórico, falso, retórico. Ella, como muestra la segunda parte de la novela, experimenta un desclasamiento de carne y hueso.

Decía que varios elementos indican que María del Carmen asume un nuevo estilo de vida: caminar por la calle acompañada de hombres; retirarse de una fiesta sólo cuando ésta termina; consumir drogas; tener sexo antes del matrimonio; salir de la casa de sus padres para irse a vivir con el novio; escuchar rock; desistir de tener un título universitario (hábito plenamente naturalizado entre las elites, incluso entre aquellas que, sabiéndose más próximas del mundo de los negocios que del ejercicio de una profesión refrendada por la institución universitaria, cumplían con este canon); etc.

La rebeldía de María del Carmen es más el efecto que la causa de su vitalidad. Su fascinación ante lo nuevo no es sólo su fascinación por lo contrario ('la piedra en el zapato'), sino por la posibilidad del advenimiento de 'un nuevo tiempo' hecho de jóvenes, de rock, de rumba, de caminado y movimiento incesantes, de renuncia al letargo y al mundo de la producción. Más que una sociedad nueva María del Carmen parece imaginar un mundo hecho en las calles, en los trayectos y los recorridos, en los encuentros de los bandos de amigos, en la camaradería y la unión, en «la comunión de la rumba».

Las rupturas de María del Carmen no carecen de contradicciones: de clase, como se mencionó, pero también de género. Aunque ella vaya a vivir con su novio sin la anuencia de sus padres ni la bendición del cura, su relación con él - Leopoldo Brook- es la de una jovencita en busca de amparo:

«Caminé hacia el guitarrista [Leopoldo Brook] sintiendo aguijón de amor en las caderas. 'Es el hombre más interesante que he conocido', resolví, y sin ninguna pena me le refugié en sus brazos, sin ninguna pena de hacerle suspender su canción para que viera

qué frágil y qué necesitada de consuelo estaba» (p. 59).

A lo que habría que sumar el hecho de que ella vea en Leopoldo, en tanto estadounidense y rockero, una fuente de «cultura». El sexo con él, sobre el cual María del Carmen no ofrece mayores detalles (salvo que con él perdió su «virginidad») no es el mismo que tendrá con Rubén, ya en su período de *desclasamiento*, cuando ya ha perdido cualquier halo angelical. Leopoldo ofició como su tutor en varios aspectos (rock, sexo, amistades «interesantes», drogas), hasta que un día no *dio la talla*: decidió ausentarse de las rumbas, a quejarse de dolores en el cuerpo y a no querer salir de su casa. Lo que precipita el abandono a Leopoldo fue la rumba en Miraflores, su última rumba rockera. Leopoldo y ella son invitados; ella se llena de entusiasmo y augura una buena noche. Para su sorpresa encuentra una rumba desrumbada: rock a volumen de bautizo y todos los asistentes tumbados en el suelo. Ella, esperanzada aún, sube el volumen del equipo y sólo obtiene reclamos y un Leopoldo que le pide sosiego. La crisis ya había sido anunciada y no lo pensó dos veces: salió de esa casa y oyó, desde el sur, «música a un volumen bestial» [p. 92].

«Sonaba en casa, no de ricos, al otro lado de la calle que yo pretendía cruzar, allí donde termina Miraflores. No sé cómo se llama el barrio del otro lado, puede que ni nombre tenga, que la gente que allí vive haya aprovechado para también llamarlo Miraflores [¿arribismo?], pero no, no es; son casas desparramadas en la montaña, jóvenes que no estudian en el San Juan Berchmans, que no se encierran, en eso pensaba: 'No, cómo van a encerrarse después de lo que estoy viendo': veía dos ventanas y una puerta abierta y rasgos de vestidos que iban del amarillo profundo para arriba, de allí al zapote y del zapote al rojo, al morado, al lila» [p. 94].

«Jóvenes que no se encierran»: ¿el ostracismo sería característico del 'joven burgués'? He aquí el motivo que hace inevitable el *desclasamiento* de María del Carmen. ¿Motivo vital, más que político (como los de los marxistas)? Su descubrimiento de la salsa es también el hallazgo de una diferencia crucial y que establece -ironía de Caicedo- otra dicotomía de

clase: música en inglés Vs. música en español. Lo cierto es que después de conocer la salsa (proceso efectuado en la citada fiesta, pero sobretodo en los siete días de rumba incesante en la casa de los «volibolistas»), María del Carmen decide entrar en contacto con los marxistas:

«...sabiéndome para siempre con una conciencia de lo que era música en inglés y música en español, como quien dice conciencia política estructurada [una vez Caicedo ironizando]. Troté por calles que sí eran de Miraflores. En la primera tienda de esquina y teléfono pedí cerveza y llamé a los marxistas. El grillo me contestó entre suspiros, ‘Recién parido - le dije, y luego-: perezoso. Al que madruga Dios le ayuda’.

‘¿Quién es?, decían.

‘Yo. Tonto. Acabo de descubrirle la salsa a la astilla. Hay que sabotear el Rock para seguir vivos’.

Les exigí una reunión para ese mismo día, pero me la dieron para el siguiente viernes. Ninguno de los dos cumplimos. Yo, porque me enrubé. Ellos, y esto sí me duele, porque me ignoraron, los muy teóricos» [pp. 102-3]

Su reaproximación a los marxistas es un gesto demagógico y no producto de su verdadera voluntad de sabotear el rock. O entonces, ¿por qué ella al hacer la defensa de la salsa contraponen este género a «los cultores del ‘Sonido Paisa’» y no al rock? La verdad es que la dicotomía rock Vs. salsa se diluye. «Abajo la penetración Yanqui» y «conciencia política estructurada» pueden ser entendidos, por tanto, como estribillos irónicos. Su desazón es con *Los Hispanos* y con *Los Graduados* y no con los *Beatles* o los *Stones*. Su escozor no es con el rock (aunque deje de escucharlo) y sí con el letargo y el intelectualismo. Ella es puro movimiento, energía inagotable. Su queja de los volibolistas lo confirma:

«Cuando se estaban durmiendo los insulté. Su respuesta fue terrible: Hidalgo se paró y apagó el stereo, y yo quedé sin cuerda, solita qué hago...

[...]

...tarde que vinieron a comprender ellos que alguien iba a tener que levantarse y al menos darme una explicación, quitarme pena, hombre, caballero. A Marcos Pérez le agradezco que se haya parado. Me dijo: ‘Pelada, mañana entramos a la universidad. Hora de dormir. Nadie aguanta más’.

‘Yo si aguanto’, repliqué, apartándolo y empezando ya a irme de allí, no veía bien la distancia entre escalón y escalón, pero de alguna manera vine a encontrar el aire de la calle mientras ellos yo no sé, como que daban explicaciones que no aliviaban, ya en la lejanía, mi dolor» [p. 102].

Su desclasamiento, sin embargo, no supone una mirada romántica de las clases populares. En la medida que éste se radicaliza, ella percibe que la censura contra ella proviene de sus antiguos pares, pero también de los nuevos:

«Los volibolistas se hacían los locos al verme, y cuando yo me les voltiaba se la pasaban dizque diciendo: ‘¿La mona esa? Olvidate: callejón sin salida de la burguesía’. Hasta que me les planté: ‘Está de moda negar el saludo apenas se politizan’. Y me iba de allí, triste y confundida» [p. 106].

La alianza de María del Carmen con Bárbaro, además de acentuar su *desclasamiento*, parece abrir un nuevo proceso, aún más radical: el de su lumpenización. A diferencia de Rubén, Bárbaro, su nuevo compañero y al que ya no llamará de novio, no trabaja. Su oficio es la delincuencia y es en esta actividad que María del Carmen lo

acompaña, dichosa. Con él, ella conoce los ríos, ya no como turista y sí como expedicionaria. También con él, ella 'conoce' los negros, abundantes en «Xamundí». De igual modo, es en compañía suya que ella consume lo que a lo largo de la novela aparecía sólo insinuado: su atracción por las mujeres. Y de la mano de este erotismo, la violencia, el asesinato, ejecutado por ella de manera indirecta: «...comprendí: la violencia progresaba si la belleza la conducía» [p. 163].

Después de este episodio parece clausurarse la posibilidad de nuevas alianzas y de nuevas expediciones. Ella se ancla, no en el Norte ni en el Sur: en el Centro. Pero anclarse no significa marchitarse. Ella, como siempre, es pura rumba, lo que no falta en los puteaderos del Centro. Es allí que vive y desempeña un oficio (el primero en su vida). Contra lo que se podría pensar, María del Carmen no es una prostituta melancólica. Ella no es víctima, mas lo contrario. Su sexo, del que siempre hizo alarde, es asesino:

«'Mona, ¿cuánto cobra?»

Yo lo miré, le di la espalda, él me siguió hasta la mesa, me senté, lo miré otra vez y le dije, subiéndome el vaso de cerveza hasta la cara:

'Cobro trescientos y la pieza'. Eso es lo que valgo, la más cara.

Protestan, pero todos vienen.

Salimos. Me condujo, con aires de explorador, a una pieza con paredes de azulejo. Me desnudé sin prisa, me abrí de piernas, recibí su cara horrible contra la mía, [...intentó meterlo pero no encontró dónde, el experto. Tuve que bajar la mano y enterrármelo. Él hablaba de paisajes de esos que pintan en los buses cuando yo hice con mis entrañas el horrible movimiento de fuelle y se lo soplé. Ha debido sentir un hielo, luego el hielo avanzando, y el grosor... Intentó sacarlo para ya estaba inflado como melón. Le explotó todo dentro de mí, esos jirones de piel fueron como latigazos. Eso sí fue vida.

Salí de allí berriando y haciendo la gran pelotera, 'se me murió el cliente'. Que Richie se levantó y eso lo sabe la gente» (pp. 179-80).

Insisto: aunque anclada, no marchita. En su reflexión final lo confirma:

«No accedas al arrepentimiento ni a la envidia ni al arribismo social. Es preferible bajar, desclasarse; alcanzar, al término de una carrera que no conoció el esplendor, la anónima decadencia.

[...]

De no haber conocido nunca este son montuno, habría sido escuálida alma perdida, sin cabuyas por la selva. Pero ya me llaman, me ladran. Ya se dice que vienen de otras ciudades a conocerme y a gastar canecas. Sacan fotos mías en la prensa amarilla, y yo me río imaginando la cara de escándalo que harán los cerdos, si no fuera porque ahora ya me faltan fuerzas, lograría unión para salir y gritar consignas y quebrar ventanas, pero para qué ilusiones si quedan lejos esos barrios: ya no son nunca más mi rumbo. Supongo que los marxistas ven las fotografías y pensarán: 'Observen ustedes lo bajo que puede llegar la burguesía'. Qué bajo pero qué rico, no me importa servir de chivo expiatorio, yo estoy más allá de todo juicio y salgo divina, fabulosa en cada foto. Fuerzas tengo. Yo me he puesto un nombre: SIEMPREVIVA».

